

A la reina doña Leonor, que partió de Medina del Campo hacia Montalbán para aclarar estas querellas entre su hijo y su sobrino, estando en Torrijos el rey la advirtió de que no se acercase al castillo, ya que muy pronto iría a Talavera y allí podría hablar con él.

El 14 de diciembre, 8 días después de que el infante don Enrique abandonase el asedio, llegaron al castillo el almirante don Alonso Enríquez, tío del rey y Fernan Alonso de Robles, el contador mayor, separado de la corte y desterrado en Valladolid cuando sucedió el atraco de Tordesillas. Fueron avisados para que viniesen en ayuda del rey antes de que el asedio fuera más riguroso y traían consigo hasta 400 hombres de armas en su socorro. También venían con ellos, los doctores Peryañez y Diego Rodríguez de Valladolid principales letrados del consejo.

Mientras esto ocurría en el castillo, en la explanada conocida como "los Aproches", situada enfrente de las altas torres albarranas, se encontraba multitud de gente, esperando la salida del rey. Allí había campesinos, aldeanos, leñadores, hombres de armas, y enviados de la hermandad, entre otros muchos. El rey salió del castillo y se dirigió a todos diciendo que en breve partiría de allí. También hubo una delegación venida desde Villa Real y para premiarlos por la ayuda que recibió de ellos, el rey hizo firmar una carta puebla concediéndole el título de ciudad, para que desde ahora se llamase Ciudad Real y la delegación quedó muy agradecida por esa concesión. También el joven monarca armó caballeros a algunos de los procuradores que fueron a hablar con él y a algunos oficiales. Y a los vecinos de la Puebla de Montalbán que allí se encontraban, para agradecer su buen hacer mientras duró el asedio, los prometió la concesión de un mercado semanal de ganado todos los jueves, para que la villa fuese considerada, más aún, capital de la comarca de Montalbán. (mercado celebrado durante años en la zona conocida como el Emparbadero, situado en la Avda. de Madrid, hoy desaparecido).

Una vez realizados estos cometidos, el joven monarca envió mensajeros al infante don Enrique que permanecía en Ocaña junto a sus 500 hombres de armas y demás partidarios, obligándole a desarmar a todos ellos y que marchasen para sus casas, ya que de lo contrario el rey se podía enojar.

Y así en la mañana del 22 de diciembre, 23 días después de que el rey hiciera su obligada entrada en el castillo de Montalbán, lo abandonó para siempre junto a otros 3000 hombres entre grandes del reino, nobles, caballeros, ballesteros y lanceros que habían venido a libertarlo o defenderle. Se dirigía el monarca a pasar la Navidad en Talavera y mandó avisar a los infantes don Juan y don Pedro su salida de la fortaleza y que se dirigieran al castillo de Villalba, donde iba a ir a comer. Antes de llegar a dicho castillo, sus primos, el infante don Juan y don

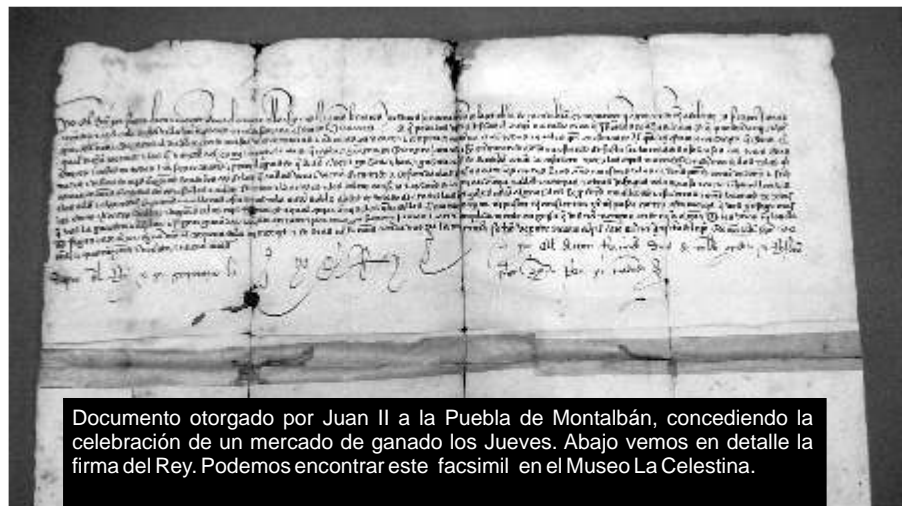
Pedro, en Malpica le estaban esperando al otro lado del río Tajo. El joven monarca, junto a esos 3000 hombres, se encontraba justo para cruzar en la barca que les haría pasar de un lado al otro del río. Una vez llegada a la otra orilla, el rey se reunió con sus primos a los que les hizo reverencia y éstos le besaron su mano. El monarca les dio paz y les recibió con gran agrado y benevolencia. El infante don Juan, en presencia de los grandes del reino, le dijo al rey:

"Señor, yo, mi hermano y los otros grandes que están aquí presentes, con gran deseo, de ver a V uestra Majestad y hacerle reverencia, al estar ya liberado y como rey y señor de los sucesos pasados que contra vuestro servicio y voluntad fueron hechos, bien sabe D ios que tanto yo como los que aquí estamos, hemos venido para defenderle y liberarle, aunque V uestra Majestad supiera que estábamos en O lmedo. N o dudamos en ponernos en marcha tan rápido como nos fue posible, aunque Su Majestad insistió en que no se hiciese y mandó que desarmásemos a la gente; pero aún así, yo, mi hermano don Pedro y los caballeros que están presentes, estuvimos siempre dispuestos por todo lo que V uestra A lteza ordenase y viendo ahora su libertad, le suplico que a todos nosotros nos mande lo que quiera que hagamos como buenos y leales vasallos suyos que somos".

Y escuchando atentamente estas palabras, el rey respondió:

"Primo, sé de corazón de la buena voluntad y gran lealtad que vos y el infante don Pedro habéis tenido y tenéis a todo lo que respecta a mi servicio y así mismo también todos los caballeros que con vos han estado y que se encuentran presentes aquí. Por estas razones estoy muy contento y mi voluntad es de daros las gracias y mercedes como fieles y leales servidores que sois y a todos los caballeros que estuvieron a mi servicio. Y acerca de lo que ahora debéis de hacer, es mi deseo de que vengáis a comer conmigo a este castillo de V illalba donde haremos consejo y acordaremos todo aquello que nos cumple al servicio de D ios, al mío y al vuestro propio por el bien de estos reinos".

De nuevo, al oír estas palabras, los infantes le besaron la mano. Y saludando uno por uno a los caballeros que venían con el infante don Juan y don Pedro, el rey entró en el castillo de Villalba. En la mesa del rey se sentaron los dos infantes y don Alonso Enríquez y después de comer se celebró el consejo y se acordó que el rey prosiguiese hacia Talavera y que los infantes y los caballeros que con ellos vinieron se volviesen a Fuensalida y allí



Documento otorgado por Juan II a la Puebla de Montalbán, concediendo la celebración de un mercado de ganado los Jueves. Abajo vemos en detalle la firma del Rey. Podemos encontrar este facsimil en el Museo La Celestina.

